

pueden exhibir. Y eso era precisamente lo que buscaban los krausistas y se había manifestado en Alcázar casi espontáneamente por la solera de la tesis, aunque les acompañara Don Tomás con esa bandera, pero eran difíciles de abandonar y como no aspiraban más que a su propia satisfacción, se emanciparon de toda tutela y siguieron solos autónomamente cada uno en su obligación. Y esa fue su reacción moral ante el desbarajuste y eso es el liberalismo alcazareño, del cual se puede hablar porque no es una cosa individual, personal, sino difusa, general, aunque cualquiera pueda haber tenido el honor de encarnarlo alguna vez, dejándole satisfecho para toda la vida de una conducta en la que no había más opción que la de pecar o abstenerse. Y el liberalismo alcazareño supo estar siempre por encima de todo y de todos y no emponzoñarse, flotando sobre las pasiones sin agravarlas.

Aunque la tesis que se sustenta la conoce aquí todo el mundo y nadie dudará de ella, se puede citar un hecho histórico transcendente que acredita el espíritu liberal, la cordialidad y la buena convivencia entre los alcazareños.

Tal hecho es la revolución de 1868, sus prolegómenos y su epílogo.

Presidía el Gobierno nada menos que el impetuoso Don Luis González Bravo, que mantuvo una situación de tirantez con los liberales alcazareños y montó aquí una inspección de vigilancia pública que se hizo totalmente incompatible con los pacíficos alcazareños e incluso con la Guardia Civil que acabó por meter preso al inspector, al que llamaba la Lechuza, con el aplauso de todo el mundo.

Entre las medidas gubernativas tomadas por consejo de la Lechuza

hay dos concluyentes a nuestro objeto, una el cierre del Casino Artístico que irritó mucho los ánimos porque allí no se conspiraba, aunque los socios fueran liberales y quien conozca la psicología y la política alcazareñas no pondrá en duda lo que dice Don Enrique. Además de esto se mandó detener a dos vecinos muy distinguidos y significados, Don Cenón Flores Bustos, notable abogado que pertenecía al partido progresista, y a Don Benito Giralt, ingeniero y muy entusiasta demócrata, íntimo amigo de Don Nicolás María Rivero.

Y aquí viene lo nuestro. Estos señores se fueron del pueblo y se ocultaron por unos meses, hasta que Don Jesús Romero, cura párroco de Santa María, medió con González Bravo y revocó la orden de detención dejándolos en libertad.

¿Está claro? Es decir que Don Jesús Romero, cura alcazareño, admirador y bienquisto de los Caballeros, gestionó y logró del Gobierno llamado Neo, la libertad de dos demócratas, que además no eran alcazareños, que es un detalle también a favor de la hospitalidad.

Es un dato más a sumar para el conocimiento, no sólo del pensamiento alcazareño sino de la personalidad de Don Jesús Romero, que por estos tiempos tuvo otra actuación lucida en un momento triste que aprovechó para adoctrinar a las gentes; el de la ejecución de dos reos de muerte por un crimen ejecutado por dos campesinos en la persona de un quintanareño, que correspondía cumplirse aquí como cabeza del partido y se efectuó el día 14 de junio de 1865, en la Placeta de Palacio, frente al cementerio de la Ermita de San Juan Bautista.

Manzaneque, testigo presencial, calcula que habría unas dos mil